

EL MOTÍN

Año XXXVII

Madrid, Jueves 19 de Abril de 1917.

Número 16.

EL MOTÍN
PERIODICO SEMANAL
CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS
Se publica los jueves

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Las últimas víctimas españolas de los submarinos

Los tripulantes del "San Fulgencio" en "El Liberal."
—Lo que nos dice el capitán.—Ni banderas ni salvoconductos.—"Eso es un trazo."—Crueldades. La noche trágica.—En Francia.—Noble protesta.
—Noticia, simple noticia...

Nuestros lectores conocen la Nota comunicada á la Prensa por el Gobierno para servir de norma en los asuntos relativos á la censura. Según esa Nota, los periódicos no pueden, en asuntos de política internacional, publicar comentarios ó apreciaciones sin someterlos antes al lápiz del censor. Las simples noticias no comentadas, en cambio, no tienen que pasar por las oficinas del ministerio.

En virtud de estas reglas, nos privamos de comentar el relato que á continuación publicamos, y que no es sino una simple noticia de un hecho reciente y grave.

El capitán del *San Fulgencio*, en pie delante de nosotros, fruncidas las cejas y crispados los puños, nos interroga con voz que vibra de indignación.

—¿Qué concepto se tiene aquí del patriotismo? Yo le juro á usted, por mi fe de marino, que no he tenido conciencia plena de lo que era eso, que no he sentido subir la sangre á las mejillas, ni el corazón á la garganta, hasta que he visto la bandera de mi pobre buque avollada, ultrajada, despreciada por un marinero alemán, que me la arrebató de las manos al intentar yo guardarla sobre mi pecho, como una reliquia de mi barco, roto por las bombas. Yo le fio que no he sentido jamás el instinto homicida hasta que han sonado en mis oídos, como ultrajes á mi madre, las carcajadas con que los tripulantes del submarino que nos hundió celebraban su hazaña. Yo le doy mi palabra de honor de que no he pronunciado

en mi vida el nombre de España con la unción, con el respeto, con la lástima que lo puse en mis labios en la noche trágica en que, á merced de las olas, semidesnudo, sin alimentos, sin agua potable, sin rumbo posible, en un bote pequeño, me encontré perdido en el mar, con mi tripulación, que lloraba, rezaba ó maldecía, y sin saber apartarme del sitio en que las aguas, negras y turbias, se habían trago á mi pobrecito *San Fulgencio*, el más grande amor de todos mis amores...

—Hay que estar así para saber lo que es el patriotismo—repetía el marino.

Y tenía razón. Hemos perdido en tierra el valor espiritual de las palabras. Hemos desacreditado los vocablos que expresan los conceptos más nobles.

Para sentir todo esto, en efecto, fuera preciso que, como el capitán del *San Fulgencio*, un extranjero nos arrebatara de las manos la bandera española, aislara nuestro hogar y nos escupiera al rostro injurias que no pudiéramos contestar sino con un arma.

—¿Qué concepto tienen ustedes del patriotismo?...

Para sentirlo dentro, muy dentro, hay que evocar la tragedia de esos marinos que ayer mañana, aquí, en la Redacción de *El Liberal*, nos relataban serenamente el crimen de que fueron víctimas.

—Nosotros traíamos nuestros documentos en regla y el salvoconducto del cónsul alemán que, como garantía, nos exigieron los alemanes. Ejercitábamos, por lo tanto, el derecho de navegación al amparo de una bandera neutral y bajo la promesa del cumplimiento de los acuerdos pactados entre nuestro Gobierno y los Gobiernos de los países beligerantes. Pero los alemanes se rien de todo esto. Cuando presentamos el salvoconducto alemán al comandante del submarino que nos detuvo á cañonazos á la altura de la isla de Ré, sonrió con desprecio y nos dijo en inglés, que «aquello» no servía para nada. ¡Y «aquello» era la garantía que su Gobierno nos daba para navegar! Luego, amenazándonos con sus revólvers, nos ordenaron que los llevásemos á bordo cuantos víveres teníamos en nuestro barco y la documentación, que rompieron sin leerla siquiera. Y mientras íbamos y veníamos del buque al submarino, se entretuvieron cobardemente en tirar al blanco sobre el *San Fulgencio*, ceñebando con grandes demostraciones de alegría la habilidad del artillero si acertaba á herir al buque español. ¡Y esto, señor, lo ordenaba con insensibilidad el comandante del submarino; un mozallete de apenas veinticinco años!...

Más tarde, cuando ya los habíamos aprovisionado, cargaron nuestro bote con seis bombas y, siempre encañonándonos con sus revólvers, nos dieron orden de colocarlas con nuestras propias manos, en las bodegas del *San Fulgencio*... Suplicamos... Rogamos... Amenazamos...

Todo inútil... Yo invité al marinero que me puso el cañón de su arma en la sien derecha á disparar sin miedo... Pero dentro de la crueldad hay gradaciones...

Volvimos al *San Fulgencio* y entonces ocurrió lo que antes dije de la bandera de popa. Quise salvarla y me la arrebataron de las manos, tratándola como un trazo.

Y sin más ropa que la puesta, sin carta marina, sin brújula, sin agua, sin provisiones de boca, nos embarcamos en el bote pequeño y pusieron fuego á las bombas. Eran las siete de la tarde próximamente. Se hacía de noche y estábamos, según la última situación que habíamos tomado sobre el puente, á unas 64 millas de la costa. Dificilísimo llegar á ella. Les pedimos remoque y nos lo negaron. A toda máquina se apartaban de nosotros y del *San Fulgencio*, que, inclinándose de babor, desaparecía bajo las olas... La tripulación del submarino nos despedía con chanzas... Sólo un hombre, el maquinista, sintió la dignidad ó la vergüenza y, cuadrado, nos saludó militarmente. Y quedamos solos, mudos de emoción sin acertar á pronunciar palabra, convertidos en una boya, rodeados por las espumas que hizo el *San Fulgencio* al ser sorbido por un remolino, insensibles y medio muertos de dolor...

¡Barco de mi cariño, en el que he vivido dieciséis años y en el que he desafiado cien tormentas!...

Luego, á la vela y á rumbo, buscamos el abrigo de la costa, esperando un amanecer que no llegaba nunca... Un barco de pescadores franceses nos remolcó hasta Les Sables d'Olonne, donde el pueblo en masa nos hizo un cariñoso recibimiento... ¡Encontráramos, por fin, hombres!... Y luego, en Nantes, la cortesía del señor Balbás, nuestro cónsul, cicatrizó un tanto las heridas de nuestro espíritu y procuró remedio á las torturas de nuestro cuerpo. Nos vistieron. Nos facilitaron dinero para venir hasta España, y aquí estamos, de paso para Cartagena, en donde nos esperan nuestras familias, que nos creían seguramente perdidos para siempre... ¿Qué entienden aquí por patriotismo?...

Don Jaime López, el capitán del *San Fulgencio*, que nos ha hecho el precedente relato, es el tipo perfecto de nuestros marinos mercantes. De cuarenta y cinco á cincuenta años, enjuto, curtido, sereno, tiene en la palabra una autoridad que responde á la firmeza de su carácter.

El 12 llegó á Madrid, por la mañana, y al mediodía estaba, con sus compañeros y con el representante de la Compañía Cartagenera de Navegación, á la que pertenecía el *San Fulgencio*, D. Enrique Faine, en la Embajada de Alemania para entregar al príncipe de Ratibor, sin perjuicio de las reclamaciones oficiales, la adjunta protesta;

«A. S. A. Srma. el príncipe de Ratibor, embajador de Alemania en Madrid.

Sin perjuicio de la reclamación que mis armadores estimen conveniente hacer contra quien corresponda, yo, don Jaime López, capitán del vapor *San Fulgencio*, como hombre de mar protesto respetuosamente ante vuestro cónsul la conducta del comandante del submarino alemán, que sin previo aviso, ha cañoneado el vapor de mi mando y ha usado además el inhumano proceder de hacerme llevar en mi mismo bote las bombas que se colocaron para el completo hundimiento del citado vapor. Respetuosamente (firmado), Jaime López.»

Don Jaime López afirma—y nosotros compartimos su opinión—que encontrándose navegando desde el 23 de Enero, fecha anterior a la declaración de guerra submarina a «outrance» hecha por Alemania últimamente, el no reconocimiento de la validez del salvoconducto alemán por parte del comandante del submarino, es un ataque directo a la neutralidad de España.

El funcionario que en la Embajada de Alemania recibió la protesta del bravo marino, sonrió al escucharle, como sonrió el jefe del submarino alemán al mandar disparar sus cañones.

—¿Por qué navegan ustedes?—preguntóle.

Y D. Jaime López, según nos aseguró, tuvo que morderse los labios, hasta saltar la sangre, para no contestarle lo que se le ocurría.

EL MOTIN se abstiene, como *El Liberal*, de hacer hoy comentario alguno acerca de ese nuevo atropello.

El que no se indigne al leer el anterior relato, carece por completo de todo lo que se necesita para tener derecho a que se le considere patriota.

¡Patria!

¿Sabéis lo que es la Patria? ¿Sabéis lo que significa ese sentimiento, esa voz imperativa que, como la de la conciencia, se impone al hombre cuando se pronuncia el sagrado nombre de la Patria? ¿Patria! Se pide hoy desde las cumbres del Pirineo hasta la cima nevada del Mulhacén. ¡Patria, Patria! nos piden con labio trémulo nuestros padres inertes delante del hogar, recordando las glorias de España en aquellos días grandes, aciagos y sublimes, en que ellos pelearon por su independencia. ¡Patria, Patria! nos piden con voz balbuciente nuestros hijos, porque quieren que seamos viriles y enérgicos para asegurarles el porvenir. Porque la Patria no es solamente el suelo que pisamos; la Patria es el conjunto de la vida material y moral, de las aspiraciones, de las tendencias, de las costumbres, de las ideas, de los sentimientos cuyo conjunto ha creado la genialidad del pueblo español, que se ha transformado casi durante un siglo de luchas heroicas contra esos secuaces del absolutismo que quieren hoy arrebatarnos la libertad. Esa es la Patria: pues por esa Patria estoy yo dispuesto a todo linaje de sacrificios

personales, estoy dispuesto a todo linaje de humillaciones personales: a esa Patria se le debe todo, absolutamente todo; vida y principios.

JOSÉ DE CARVAJAL

NOTA

Se dice que la enviada por nuestro Gobierno al de Alemania está redactada a la antigua española, es decir, enérgicamente.

Esta noticia ha puesto furiosos a los germanófilos, que han arreciado en sus amenazas, por temor, sin duda, a que la contestación de Alemania pudiera obligarnos a romper la neutralidad.

Que la situación es grave, y que los germanófilos están faltando a su deber de patriotas más acentuadamente que nunca, lo demuestra el siguiente artículo de *El Ejército Español*, periódico que, por sus simpatías hacia los Imperios Centrales y por ser órgano de la clase militar, tiene más derecho a ser escuchado que los demás francamente aliadófilos, que protestan también contra los que disculpan el torpedeamiento del *San Fulgencio*.

Véase lo que dice en su número del sábado:

“Expectación”

No por el deseo de mantener en tensión los ánimos, lo cual se encuentra muy distante de nuestro propósito, sino por la necesidad justificada de mantener con los lectores una comunicación que tenga por base los asuntos que la realidad plantea, debemos decir en esta primera columna que la expectación de la opinión pública es grande, y que vivimos días graves e intensos.

Conviene todas las referencias en que la Nota de España a Alemania con motivo del torpedeamiento del *San Fulgencio*, tiene tonos de energía y dignidad. Ello era necesario por las circunstancias especialísimas que en tal suceso han concurrido, y no puede causar sorpresa a nadie, porque era consecuencia obligada, ineludible, de la contestación dada por España, con aplauso de toda la opinión, a la Nota de los Imperios Centrales comunicando la extensión de la guerra submarina.

Entonces no nos asociamos a las iniciativas de Mr. Wilson, como se asociaron con plenitud de entusiasmo los germanólatras, pero bien se recordará que fué dirigida una Nota a Berlín no admitiendo la guerra submarina.

Pues si a pesar de haber rechazado ese procedimiento de guerra, se le utiliza contra un barco español, ¿no es cierto que eso arguye desprecio para la opinión de España? ¿Es que Alemania ha tenido algún motivo especialísimo para proceder así? ¿Es que se trata del error de un capitán de submarino alemán? Puede ser así; pero el medio de saberlo es entablar una conversación con la *Wilhelmstrasse*.

El resultado de esa conversación es fatal. Alemania ha dicho que no renun-

ciará por nada a la guerra submarina ilimitada, contra beligerant y contra neutrales, ya que en el submarino tiene puestas todas sus esperanzas de éxito; y es claro que en estas condiciones sólo tenemos un dilema: ó aceptamos la campaña submarina, ó llegará un momento en que se hará imposible la conversación y la amistad con Alemania.

¿Hay alguien que desee lo primero? ¿Hay alguien que estime debemos someternos en silencio al torpedeamiento de nuestros barcos? Pues si no lo hay, si todos están conformes en la reclamación, preparémonos a afrontar las consecuencias de ésta.

Comprendemos lo enojoso y espinado del procedimiento; pero ello es irremediable. Si uno que no ha hecho voto de humildad recibe en la calle una bofetada, y plantea una cuestión de honor por ella, ya sabe que no hay posibilidad de predecir el término de la misma. Puede ser satisfactorio: puede ser gravísimo. Ahora que no a todos se les puede exigir la mansedumbre evangélica precisa para aguantar las bofetadas, ó para declarar que por muy sonoras que sean deben calificarse siempre de caricias de la amistad.

Este es el caso presente. Todos estamos convencidos de la necesidad de mantenernos neutrales. Todos sabemos que cualquier otra postura, incluso la declaración de mera solidaridad que ha hecho la Argentina, y que a esa distancia no supone nada, hecha por España sería peligrosísima. Pero, ¿qué camino hay si no el de la reclamación a Berlín contra hechos como el del *San Fulgencio*?

Y si se observa que en España la opinión predominante es de simpatía a los Imperios Centrales, que acogidos a nuestra hospitalidad hay millares de alemanes, que no puede tenerse conducta más caballerosa y cordial que la nuestra para con los refugiados del Camerón, que los intereses de Alemania en un gran número de naciones están confiados a España, claro está que todo ello obliga a una mayor extrañeza por el torpedeamiento del *San Fulgencio* y a una mayor energía en los tonos de la reclamación.

Sentado esto que sólo la pasión puede desconocer, la expectación crece por conocer qué contestará Alemania. No es lo importante la Nota de España; lo es la de Berlín. Puede venir ésta concebida en tales términos que todo se resuelva satisfactoriamente, y que la tranquilidad renazca. Puede venir en tales otros que exija nueva Nota... y esto sería un plano inclinado al final del cual no se sabe lo que puede encontrarse.

Esta es la situación y esto justifica sobradamente la expectación reinante. No se trata de un pleito momentáneo, que son los que más balagan a nuestra imaginación meridional. Se trata de un pleito de duración, con alternativas que requieren espíritu sereno, ajeno al sobresalto. Vivimos días difíciles, y aún tenemos la ventura de que los empezamos a vivir, cuando otros llevan ya en ellos cerca de tres años.

No debe regatearse nada en pro de la neutralidad; debemos llegar hasta la exageración en la simpatía por los Imperios Centrales; pero no debe anteponerse nada a la dignidad ni al decoro. El que se diga amigo de España que no la trate como a enemigo.

Con esa norma y con prudencia patriótica es como debemos contemplar el pre-

sente y prepararnos para el porvenir. ¡Y quiera la Providencia que este sea su sueño!

El Ejército Español

COSAS NUESTRAS

Entre el llamado Partido Radical Conjuncionista y la titulada Federación Nacional Madrileña, recién creada, se ha entablado una polémica de esas en que por cada razón hay diez insultos, veinte dicerios afrentosos y cincuenta injurias sangrientas, según es moda entre nosotros tiempo há. Y para que nada falte, hasta ha habido una colisión entre individuos del uno y el otro bando, repartiéndose bastonazos fraternales.

Hay quien sostiene que estos espectáculos son convenientes, porque denotan pasión, y sin pasión no hay vida política, con lo cual estoy conforme; si bien me permito creer que deberíamos escogitar otros medios de expresarla, doblemente en estas circunstancias; pero, en fin, como esta es materia opinable, allá que cada cual la demuestre como mejor le parezca. La autonomía individual es la base de la democracia.

Había pensado no hablar de esto á mis lectores, mas como toda la Prensa se ocupa de ello, no he tenido otro remedio.

Lo que no haré, porque nunca lo hice en estos casos, será copiar en EL MOTIN nada de lo que mis correligionarios se echen mutuamente en cara, á pesar de que me convendría, para probar lo que vengo sosteniendo: que estamos mucho peor que creemos.

Pero muchísimo peor.

LA LÁMINA

Nuestro compatriota Francisco Sancha, el renombrado dibujante, que hace años reside en Londres, acaba de obtener un gran éxito con unas fábulas que ha interpretado aludiendo á la guerra europea. Una de ellas es la que va en el número de hoy.

La gallina de los huevos de oro

Un avaro labrador que esperaba obtener por ese medio mayores proventos, mató una gallina que ponía cada día un huevo de oro, y sólo descubrió que había perdido una fuente de riqueza.

El comercio ultramarino alemán que había hecho tan rica á Alemania, ha quedado completamente destruido por la loca avaricia que le impulsó á desencadenar la guerra en Europa.

SIGUE EL DESFILE

Tres consecuentes y prestigiosos republicanos han muerto en Madrid estos días.

Francisco Flores García, renombrado litógrafo y periodista, que aunque apartado de la política activa desde hacía muchos años, permaneció fiel á la República.

Eduardo López y López, periodista también y uno de los hombres más importantes del federalismo.

Y Calixto Rodríguez, ingeniero, exdiputado, hombre competente en los negocios (entre otros, fundó «La Resinera Española») y republicano que jamás reparó en sacrificios para que triunfase nuestro ideal.

De Calixto Rodríguez, el que más traté, voy á referir dos hechos que lo retratan como amigo y como republicano.

Cuando se pactó la Unión en 25 de Marzo de 1903, me invitó á los tres días á almorzar con Manolo Bombin en el Casino de Madrid, y de sobremesa me dijo:

«Hace años que estoy apartado políticamente de Salmerón, y por eso es á usted á quien le digo: «Pongo desde luego á disposición de la Unión diez mil duros, que puede usted pedirme cuando guste; mañana mismo si hacen falta. Y cuenten con quince mil más si se necesitan.»

—¿Me autoriza usted para decirselo á D. Nicolás?, le pregunté.

—Haga usted lo que le parezca, pero conste que los entregaré por conducto de usted.

Otro rago de Calixto que me conmueve exclusivamente y que recordaré mientras viva.

Al hacerse pública mi prisión en los primeros días de Junio de 1906, él fué el único republicano de renombre que corrió á ofrecer á mi hija cuanto necesitara, entregándole trescientas pesetas.

Estos dos hechos, entre muchos parecidos, pintan al republicano y al amigo.

Reciban mi pésame las familias de los tres muertos.

La civilización alemana

—¡Hola, D. Germán! ¿Qué cuenta hoy de la guerra el Koronel Kinina?

—Hoy comenta la situación interior de Rusia, que cada día es más grave.

—Lo creo. Para las derechas todo pueblo que hace una revolución liberal está al borde del abismo. A Portugal le sucedió lo mismo hace seis años: todos los días había contrarrevoluciones, y cada dos ó tres meses llegaba á Badajoz (precisamente á Badajoz) un viajero anónimo que decía que la vida en Lisboa era imposible. Y si de Portugal fantaseaban de una manera tan descarada, me figuro lo que dirán de Rusia, que está tan lejos, los telegramas de Nauen.

—Pero comprenderá usted que en el fondo debe haber algo de verdad. Y es que un país que no está verdaderamente civilizado no sabe hacer frente á las circunstancias cuando son críticas. En cambio Alemania...

—Si Alemania no se ha sublevado ha sido por sobra de disciplina, no por ser un país civilizado, que yo no creo que lo sea.

—¡Bendito sea Dios, á lo que llega el apasionamiento!

—¡Bendito sea el demonio, y escúcheme un instante! El sufijo castellano *izar* (equivale al sufijo esperantista *igi*) significa *hacer lo que indica la raíz*, y así se dice *españolizar*, *divinizar*, *esclavizar*, etc. Pues bien. Una nación en la que predomina el poder eclesiástico, ó el poder militar, como en Prusia, en una palabra, una nación donde no predomina el poder civil ¿es una nación civilizada?

—En ese sentido no, pero en el sentido de dulzura de costumbres, Alemania...

—Tampoco es una nación civilizada. Prueba de ello es lo sucedido en las provincias invadidas de Francia y Bélgica. Otra prueba es lo que dice el alemán Augusto Bebel en su obra *La mujer ante el socialismo*, de la que recientemente acabo de tomar una nota para leerla á usted. Según afirma Bebel en la pág. 241 de su obra (versión española), el Código prusiano autoriza al hombre «de baja condición» á infligir á su esposa, en caso de desobediencia, una corrección corporal moderada; y el Código de Hamburgo permite también una ligera corrección al hombre con la esposa, á los padres con los hijos, á los maestros con los discípulos y al amo de la casa con los criados. Me parece que la teoría de «garrotazo y tente tieso» no se aviene con la dulzura de costumbres, propia de la civilización.

—Bien, pero así y todo hay que reconocer que Alemania es el país de los músicos y los filósofos.

—Mire usted, D. Germán. En el alma humana hay tres facultades principales: el *sentimiento*, que tiende á la Belleza; la *inteligencia*, que busca la Verdad, y la *voluntad*, que desea el Bien. Para hacer sentir la Belleza, tienen los alemanes sus músicos, con o nosotros nuestros pintores y poetas; para buscar la Verdad tienen ellos sus filósofos; pero para el Bien de la humanidad, ¿qué tienen los germanos, aparte de los espías y los submarinos?

—No sé, pero le parece poco lo anterior?

—Me parece demasiado en una cosa y muy poco en otra. Es decir, que en el alma nacional alemana hay un gran desequilibrio. Los individuos desequilibrados son candidatos para el manicomio ó el presidio. Las naciones *desequilibradas* son, ó un estorbo si son incultas, ó un peligro si son cultas, y de todos modos no son naciones *civilizadas*. La civilización de Alemania es una civilización con doble K, como la de sus admiradores los karlistas y los katólicos.

F. R.

Poesías festivas anticlericales

Cuatro tomos, á peseta cada uno.

¡Hay Providencia!

I

Ya lo creo que la hay, es decir, debe haberla, porque se la nombra por cualquier pretexto.

Salen un hombre de casa, tropieza, cae y se rompe las narices, y los creyentes que lo ven dicen:

—Castigo de la Providencia.

Le toca la lotería á un pobre, y los vecinos, carcomiéndose de envidia, exclaman:

—Ha sido una cosa providencial.

Alcanza un cesante, que tiene la mujer bonita y ha visitado muchas veces al ministro, una credencial, y entra en casa saltando de júbilo y clamando:

—¡Ya tengo destino! ¡Hay Providencia!

La Providencia es una cosa muy afortunada: si las cosas salen bien, ella es la causa; si salen mal, es que castiga á los impíos. La hemos constituido como la dispensadora de la justicia suprema, incapaz de yerro ó engaño.

Sí, seguramente la Providencia es algo muy grande, muy justo y muy santo...

II

Los últimos destellos de la luz solar coloraban las nubes con pálidos reflejos, la noche avanzaba lentamente, el cielo se oscureció por completo, y un viento glacial silbó por calles y encrucijadas.

Primero cayó una lluvia finísima, después un aguacero impetuoso.

Un anciano y un niño se refugiaron en el quicio de una puerta. Sus vestidos eran un montón de harapos, sus rostros estaban demacrados; el viejo vivía en perpetuas tinieblas, el niño en la aurora de la vida servía de guía y lazarrillo á la vejez que corría al sepulcro.

—¡No puedo más, estoy rendido! Descansemos aquí—decía el niño acurrucándose aterrorado por el frío.

—¡Esta lluvia nos impide buscar alimento!

—¡Tengo hambre!

—¡Qué desgraciados somos!

—¡Y qué hombres tan malos y tan...!

—Hijo, los hombres no pueden cargar con un mal que está extendido por toda la tierra; no tenemos derecho á vituperarlos...

—Entonces, ¿por qué hoy, cuando hemos ido á casa del cura á pedirle un medicamento, volvió el rostro y siguió leyendo en aquel libro que llevaba en la mano, sin querer escucharnos?

—Es que rezaba, hijo; aquel libro era el santo breviario.

—¿Y aquel señorón del paseo que nos mandó á trabajar?

—No se fijó en que yo era ciego y que tú eres todavía muy débil y pequeño para el trabajo.

—Y aquella señora que llevaba un perro en brazos y estaba cubierta de sedas y perfumes, ¿por qué me rechazó sin oírme?

—Porque estaba distraída hablando con un joven y no te comprendía.

—¡Ah, cuando yo sea hombre!

—Si llegas á serlo, acuérdate de lo que has sufrido y remedia las necesidades que pueas.

—Y hoy, ¿qué comeremos? ¿Quién nos amparará?

—Hijo, ten esperanza; hay una Prov

dencia que vela por los pobres. Espérenmos...

Calló el ciego, suspiró el niño, la lluvia continuaba. Las puertas se fueron cerrando, las calles quedaron á oscuras, todo se tornó silencioso y envuelto en tinieblas...

III

Al amanecer del siguiente día los madrugadores contemplaban emocionados el triste cuadro que ofrecían los cadáveres del anciano y el niño fuertemente abrazados; aquellos infelices perecieron de hambre y de frío. Sin duda aquella noche se había dormido la Providencia.

FRAY GERUNDIO

CARNE Y PESCADO

Algunos librepensadores de Málaga y Valencia me escribieron durante la Semana Santa, diciéndome que habían promiscuado el Jueves Santo, y que les sentaron las viandas tan perfectamente como si se hubiera provisto cada uno de quinientas bulas de superior calidad.

Yo no lo creo, porque es imposible que la carne siente bien á nadie en tal día, por más que haya quien sostenga que á los únicos que no les aprovecha es... á los que no la comen.

Pero aun sin creerlo, me apresuro á hacerlo público, para que se regocijen los buenos creyentes con la idea de que tienen ya sitio acotado en el Infierno, y por toda una eternidad, los que comieron carne y pescado aquel jueves, por ser este uno de los pecados que más encienden la ira del Dios bondadoso que hizo al hombre á su imagen y semejanza, y á pesar de haber dicho Cristo «que no mancha al hombre nada de lo que entra por la boca.»

La religión de la seda

Basta abrir el Evangelio por cualquiera de sus páginas para convencerse de que Jesucristo puso todo su empeño en que los motores que habían de impulsar y dar fuerza y triunfar de los obstáculos eran la humildad y la pobreza.

Han corrido los siglos, y tan otros han sido los derroteros seguidos por el clero y las Ordenes religiosas, que hoy se puede hacer esta rotunda afirmación: sin seda no hay catolicismo posible.

Si al Papa le quitáis el trono, le terciopelo, la silla gestatoria de raso, la capa de *moiré*, las sandalias bordadas y la vistosa faja de áureo fleco, le habéis quitado el pontificado. El Papa sin seda, no es el Papa.

Los cardenales, apenas son creados, reciben un solideo y birrete de purpúrea seda, y de ella forman todo el vistoso traje como señal de que están más cerca de Jesucristo en la Iglesia.

Los presbíteros no tienen más anhelo ni dorado sueño que vestir la seda de un traje coral.

Piden y obtienen privilegios para usar sédeo hábito fuera de la catedral á que

pertenecen, y cuando obtienen la mitra pueden decir que han llegado á la perpetuidad de la seda. Ya la usan en la iglesia, en casa y en la calle.

El culto católico es el culto de la seda. Las imágenes de Cristo y de la Virgen no logran adoración ferviente de los fieles sino envueltos en seda.

La histórica Virgen del Pilar no admira, al parecer, vestido alguno; pero la devoción de los cristianos no podía conformarse con que allí no hubiera seda, é inventó que desde los pies de la escultura bajasen unas faldas de seda cubriendo parte de la columna.

Nuestra Virgen de la Almudena de Madrid, cubierta tuvo la artística y antigua talla por costosos mantos de seda, y cuando el buen gusto artístico del sacerdote don Gerardo Mullé de la Cerda logró que la imagen se despojara de sus vestiduras, los fieles devotos y el clero protestaron y dijeron que jamás la Virgen de talla lograría la veneración que envuelta en vistoso ropaje de seda.

En Sevilla son las procesiones exposición, por cierto magnífica, de mantos y túnicas de terciopelo y raso que cubren maravillosos bordados.

Los ornamentos del culto católico no los podemos ni aun imaginar sino de seda, y de seda cubrimos las paredes del templo cuando celebrar una solemnidad religiosa intentamos.

De seda son las casullas, de seda las dalmáticas, de seda los stiales en el presbiterio, de seda los reclinatorios episcopales, de seda las capas pluviales, de seda los sobrehombros, de seda las mitras, de seda las colgaduras, de seda la púrpura cardenalicia, de seda las sandalias de los prelados, de seda los cíngulos, de seda las vestiduras del Papa, de seda las cubiertas de los misales; todo es seda: sin seda no hay nada en la católica Iglesia.

Contestación, pues, que debe darse á Jesucristo cuando pregunte si se le acata en el mundo:

«Señor: ¿quisisteis una Iglesia en que fuera todo la pobreza? Nosotros hemos hecho con vuestro nombre una religión en que lo es todo ¡la seda!»

G. B.

OTRO MILAGRITO

Podrá cada español discrepar en todo, ó en algo, de lo que los demás piensan; pero en punto á religión son muy pocos los que no están de acuerdo, ó aparentan estarlo.

Sólo de esta manera se explica que un periódico del abolengo democrático de *El Imparcial*, acoja en sus columnas patrañas de este calibre:

SUCESOS EXTRAORDINARIOS

El Niño Jesús de Arganda

Supuestos milagros de la imagen de un Niño Jesús

Hará unos dos meses que llegaron á conocimiento del «reporter» noticias de un hecho realmente extraño ocurrido en Arganda del Rey, uno de los pueblos más ricos, más honrados y más laboriosos de esta provincia de Madrid.

Parecía tratarse de algo, si no absurdo, muy raro, que por su iniciación, desarrollo y circunstancias merecía conocerse concretamente.



La gallina de los huevos de oro

(La explicación en la página 3.ª)

Ayuntamiento de Madrid

Nuevas noticias relativas al asunto preocuparon al «reporter», porque el suceso, llamémosle así, revestía extraordinario interés.

Es preciso, antes de entrar en materia, fijar categóricamente la conducta informativa del «reporter». Con la sana idea de poner al corriente del acontecimiento a los lectores de *El Imparcial*, el periodista ha realizado un viaje a Arganda, en donde, sobre el terreno, ha oído a unos y otros, cuyos testimonios ha recogido fielmente y presenciado lo que le era dable, y ofrece el producto de su trabajo de manera sucinta, sin poner de su parte la más leve ráfaga de fantasía, ni siquiera un inocente comentario, para que no se le pueda tildar de novelero, ya que el asunto se presta a consideraciones y conjeturas.

En la calle de los Silos, número 6, vía próxima a la plaza de la Constitución, existe una casita de dos pisos que habita el vecino D. Santiago Hígaes, anciano industrial y jefe de numerosa familia.

En el piso bajo tiene el Sr. Hígaes montada una capinrria. Las restantes habitaciones constituyen la vivienda particular.

Arriba, en el piso superior y en la sala, sobre una cómoda, tenía el Sr. Hígaes una imagen del Niño Jesús, de unos 50 centímetros de alta, aproximadamente, que, según la familia refiere, fué adquirido hará unos dieciocho años por 80 reales a una señora que necesitaba aquella cantidad para atender a sus más perentorias necesidades.

Fuó adquirido, pues, el Niño Jesús para realizar una buena obra y a la imagen no se le dió otra importancia que la de un objeto de adorno.

El domingo 12 de Noviembre del año pasado, y próximamente a las once de la mañana, el Sr. Hígaes observó que una lamparilla de aceite que había puesto, como todos los días del año, a la imagen de Santa Rita que tiene en la sala y donde guarda la del Niño Jesús, conservaba todo el aceite depositado el día antes, cosa que le produjo extrañeza. A la siguiente fecha, la lamparilla conservaba la misma cantidad de aceite.

El anciano industrial, hombre religioso, no permitía que nadie entrase en la sala, pues era su deseo atender el al cuidado del pequeño oratorio, y cerró la puerta, guardándose la llave.

Cuál no sería su sorpresa al encontrarse más tarde abierta la puerta y retirada a un lado de la cómoda una figura de escayola que tenía delante del Niño Jesús.

No dió importancia al caso, aunque le extrañó, y volvió a colocar dicha figura en su primitivo sitio. Días después, la figura de escayola fué encontrada en el suelo completamente indemne. La lamparilla a que se hace alusión anteriormente, había desaparecido como por arte de encantamiento.

La familia moradora de la casa creyó que los hechos raros acaecidos obedecían a algo milagroso y lo atribuyeron a la imagen del Niño Jesús.

El Sr. Hígaes había dado cuenta de estos incidentes al cura párroco, quien se había quedado con la llave del cuarto después de cerrarle él y dejar en orden cuanto existía en el interior de la habitación, de modo que la familia y el sacerdote, al abrir la puerta, presenciaron la anomalía anotada.

Desde aquella fecha se produjo una serie interminable de incidentes curiosos que han rodeado a la imagen del Niño Jesús de una aureola milagrosa.

Sería interminable referir las cosas raras que se han producido en el lugar donde se guarda la pequeña imagen del Niño.

Se ha levantado un altar, a cuyo adorno dedican los dueños de la casa el gasto necesario. Allí acuden hombres y mujeres del pueblo a orar, y en los rezos, especialmente en las tardes de los viernes, la sala donde está la imagen se llena totalmente de fieles.

Muchos de éstos han visto durante sus oraciones que la pequeña imagen del Niño se ha transformado hasta cambiársele los colores al rostro.

Un día por la noche fué hallada en la taza donde se ponía la lamparilla, cubriéndola, una estampa del Sagrado Corazón de Je-

sús, que no se sabía cómo llegó allí. Además, el agua que contenía la lamparilla se había convertido en aceite, caso que se ha repetido posteriormente en varias fechas.

Días después se encontró delante de la imagen del Niño otra estampa de la Virgen del Perpetuo Socorro. Las dos estampas fueron colocadas dentro de una urna de madera y cristal, donde fué instalada la imagen del Niño, cuya urna fué precintada.

Pues bien, esas dos estampas desaparecieron de aquel sitio sin que en los precintos se hubiera advertido la menor violencia.

Al cabo de unos días las estampas, primero una y luego la otra, aparecieron de nuevo dentro de la urna, tal y conforme habían sido colocadas anteriormente.

Las rarezas se sucedían a diario y variaban de carácter.

Tres mujeres del pueblo hallábanse una tarde orando. Al unísono lanzaron un grito y pusieron en pie. Estaban viendo que la imagen lloraba. Se puso en movimiento la familia, entraron otros vecinos y se sacó al Niño de la urna. En efecto, no solamente se humedecieron los dedos de las personas que para convencerse tocaron el rostro de la imagen, sino que la túnica de terciopelo que ésta vestía se hallaba mojada.

Y como esas mujeres vieron llorar al Niño y quedaron convencidas de que era llanto real, otras mujeres y otros hombres han visto a la imagen transformar su semblante en francamente risueño, al extremo de aparecerse sonriente y alegre.

Durante la Semana Santa, el Niño Jesús, cuya urna cuando era abierta y cerrada por cualquier causa se precintaba convenientemente, se trasladaba de un brazo a otro una pequeña cruz, y hubo un día, el Viernes Santo, en que la cruz apareció sobre el hombro derecho de la imagen.

Recientemente, hace unos días, cuando rezaban varios vecinos sonó un golpe. Asombrados vieron los que oraban que había caído dentro de la urna la reliquia de un santo, en la que aparecía un trocito de carne macerada, un pequeño hueso y un puntito negro. Esta reliquia, después de ser examinada por todos los que presenciaron la aparición como por los que posteriormente acudieron, quedó allí en la urna. El miércoles pasado la reliquia no estaba allí, sin que, como siempre, se hubiese tocado por nadie a los precintos, que fueron reconocidos por quienes los habían colocado.

Hechos de esta índole se han producido constantemente y de ello juran y perjuran haber sido testigos presenciales infinitas personas del pueblo.

El «reporter» ha estado en la casa del Niño Jesús. Los moradores de ella, con una fe franca y sincera, le han explicado uno por uno todos los casos sucedidos. Ante el «reporter» han desfilado en aquel mismo lugar muchas personas, hombres y mujeres, que han presenciado los actos milagrosos de referencia. A grupos de esos testigos, para mayor afirmación de la realidad, hacían constatar que eran incrédulos, y fueron allí para convencerse. Habían visto reír o llorar al Niño, habían presenciado el traslado de la cruz, y su incredulidad se convirtió en fe firmísima.

Uno de los casos presenciados por más número de personas fué el siguiente:

Hallábanse las dos estampas aludidas dentro de la urna, cuando aparecieron por segunda vez. Los fieles oraban cuando se fijaron en que una de las estampas, la del Sagrado Corazón, se hallaba materialmente en el aire, en posición vertical. El asombro les hizo dudar de que fuera cierto lo que veían y para convencerse se movieron la urna a un lado y otro. La estampa, a pesar del movimiento se mantuvo en el aire, y los asombrados devotos, que permanecían en silencio, vieron cómo lentamente la estampa descendía y se inclinaba hacia atrás, hasta quedar reclinada en la imagen.

Otro caso que presenciaron al siguiente día fué la aparición sobre el cordón de la túnica que vestía el Niño Jesús de un letrero ilegible. Cuando se esforzaban por comprender lo que decía el letrero, las letras

fueron agrandándose hasta expresar claramente lo siguiente:

«Detente, el Corazón de Jesús está conmigo.»

Este letrero fué visible sólo unas horas, las suficientes para que le vieran, con objeto de acreditar su existencia, cuantas personas quisieran acudir allí. Al cabo de ese tiempo desapareció en absoluto.

De todos estos casos que ha oído referir el «reporter» existen actas de declaración que firman quienes los han presenciado. Todos esos documentos obran en poder de la familia dueña de la casa.

Ha habido personas que, aun manteniendo viva fe religiosa, han dudado de la realidad de estos hechos y han solicitado intervención en los actos de precintar la urna, requiriendo el compromiso de ser avisados cuando sucediese alguna de las anomalías milagrosas. Y cuando han recibido el aviso y han acudido a presenciar tales anomalías han quedado convencidos.

Doña Lucrecia Cebrián, una señora que posee gran cultura y que siempre fué católica, pero que dudaba de la realidad de estos casos, es una de las personas que quería presenciar alguno de ellos. Fué avisada cuando ciertos devotos vieron llorar al Niño, y hablando con el periodista le expresaba la impresión que recibió al ver cuán cierto era lo que le decían, porque pudo convencerse al humedecerse sus dedos con las lágrimas del Niño.

Doña María Sanz, doña Magdalena Guillén, doña Josefa de Pablo, doña María Moreno y otras distinguidas señoras aseguran haber presenciado muchos casos. Los nombres de los testigos presenciales formarían una lista extensa. Generalmente, el acto de precintar y abrir la urna se realizaba ante una cuarenta personas.

De todo lo referido y de otros muchos actos sobre los cuales se ha observado reserva, han sido informadas las principales autoridades eclesiásticas de la corte con objeto de proceder a lo que hubiere lugar.

El «reporter», por su parte, no puede añadir comentario alguno por lo delicado del asunto; pero sí ha de decir que en Arganda se ha producido verdadera conmoción, sin que falten los incrédulos e inconvenientes.

La misión del periodista queda, pues, limitada a contar lo que ha visto y oído sin oponer prejuicio alguno.

UN «REPORTER»

Lo primero que se me ocurrió al leer lo anterior, fué extractarlo en tono humorístico; mas pensé luego que era mejor copiarlo al pie de la letra, para evitar que creyesen algunos que yo inventaba ó exageraba ciertos detalles.

¿Qué les parece a mis lectores el articulo? Quizá lo que a mí: que no sé si está escrito en serio ó en broma. Si lo primero, ¡qué buen creyente es el autor! Y si en broma ¡qué gran maestro en ironía! Yo me inclino a lo último.

Y pregunto:

¿A dónde podrá ir una nación en la que circulan tan estupendos absurdos sin que resuene inmediatamente una carcajada universal?

Trozos de mi vida

TRALLAZOS

Clericalismo en solfa

José Nakens

DOS PESETAS TOMO

EL MENSAJE DE WILSON

Por el derecho de Humanidad

He aquí el texto íntegro que debe figurar en la colección de EL MOTÍN:

«Señores diputados:

He convocado al Congreso en sesión extraordinaria, pues hay que tomar decisiones políticas graves, muy graves, cuya responsabilidad no tengo ni el derecho ni la autorización de asumir.

El día 3 de Febrero último os expuse oficialmente la extraordinaria declaración del gobierno imperial alemán, que afirmaba que a partir del 1.º de Febrero existía el propósito de desear toda consideración de legalidad o de humanidad, y servirse de sus submarinos para echar a pique todo buque que intentase aproximarse, bien a los puertos de Inglaterra o Irlanda, bien a las costas occidentales de Europa, o bien a los puertos intermedios por los enemigos de Alemania en el Mediterráneo.

Tales habían ya parecido ser los fines de la guerra submarina de Alemania en los primeros tiempos de la guerra; pero desde el mes de Abril del año último, el gobierno imperial había impuesto algunas restricciones a los comandantes de su flota de submarinos, con arreglo a las promesas que se nos habían hecho. Estas eran que los vapores que condujesen pasajeros no serían echados a pique, y que se daría aviso formal a todos los demás buques que los submarinos intentasen destruir, siempre que éstos no opusieran resistencia o no intentasen escapar, y de que por lo menos se dejaría a las tripulaciones la posibilidad de salvar sus vidas, sirviéndose de sus botes.

Las precauciones tomadas fueron muy débiles, como lo prueban los tristes ejemplos ocurridos durante los cruces e inhumanos manejos. No obstante, se observaban algunas restricciones.

La nueva política adoptada ha suprimido toda restricción. Todos los buques encontrados, cualesquiera que fuesen su carácter, cargamento y destino, han sido echados a pique sin previo aviso y sin el menor sentimiento de auxilio o piedad para los que se hallaban a bordo de dichos buques, ya fuesen neutrales, amigos o beligerantes.

Con la misma falta de piedad y de respeto para los principios internacionales, han sido hundidos hasta buques hospitalales y buques que llevaban socorros a las tan castigadas poblaciones de Bélgica, a pesar de llevar estos últimos salvoconductos del mismo gobierno alemán para atravesar las zonas prohibidas y de llevar señales de identidad que permitían reconocerles sin posibilidad de error.

Durante algún tiempo creí imposible que semejantes actos fuesen realizados por un gobierno que hasta entonces se había ajustado a las costumbres en uso en las naciones civilizadas.

Las leyes internacionales han nacido de los esfuerzos hechos para crear una regla que fuese observada y respetada en los mares, los cuales ninguna nación tiene derecho a dominar, y constituyen rutas abiertas a todo el mundo.

Estas leyes fueron edificadas poco a poco, y aun apenas, después de hacer todo lo que se podía, los resultados eran modestos; pero todo lo hecho se hizo siempre con sentimiento bien claro de lo que el corazón y la conciencia reclamaban.

Este minimum de derechos ha sido deliberadamente hollado por el gobierno alemán, alegando la necesidad de represalias y la obligación de servirse de estas armas por no disponer de otras en los mares, siendo así que es imposible emplearlas sin aventurar todos los escrúpulos de humanidad o respeto, que son considerados como base de las relaciones en el mundo.

No pienso en este momento en las pérdidas materiales, que son inmensas, sino sólo

en la destrucción total y premeditada de vidas de no combatientes, hombres, mujeres, o niños, causada al entregarse los alemanes a acciones que aun en los períodos más sombríos de la historia moderna habían sido consideradas como ilegítimas. Los bienes perdidos pueden sernos pagados; pero no las vidas de seres pacíficos y sin defensas.

La guerra submarina de Alemania contra el comercio es una guerra contra la humanidad: es una guerra contra todas las naciones.

Han sido hundidos buques norteamericanos; se han perdido vidas norteamericanas en circunstancias que nos han impresionado violentamente; pero otros buques y otros ciudadanos de naciones neutrales y amigas han sido echados a pique y precipitados en el abismo del mar de la misma manera, y no hay distinción. El reto ha sido lanzado a toda la humanidad.

Cada nación debe decidir por sí misma el modo como obrará. La nuestra creo deberá ser con la moderación reflexiva y tranquilidad de juicio que conviene a nuestro carácter y a nuestros intereses nacionales.

No debe ser nuestro fin la venganza; no es la afirmación victoriosa de nuestro poder físico; es simplemente la reivindicación del derecho de Humanidad; de los que somos paladines individuales.

Cuando me dirigí al Congreso el 26 de Febrero último, pensaba que bastaría afirmar con nuestras armas los derechos de nación neutral; el derecho que tenemos de circular por los mares, sin ser ilegalmente molestados; nuestro derecho de garantizar la seguridad de nuestros ciudadanos contra las violencias ilegales. Pero ahora se ve claro que la neutralidad armada es cosa impracticable.

De hecho, los submarinos alemanes, cuando son utilizados como lo son actualmente contra los buques mercantes, están fuera de las leyes existentes.

Es imposible defender nuestros buques contra sus ataques, pues el derecho internacional permite a los buques mercantes el defenderse contra corsarios, cruceros u otros buques visibles que les den caza en alta mar.

La prudencia más elemental impone en las actuales circunstancias la necesidad de intentar la destrucción de los submarinos antes de que hayan manifestado sus intenciones.

El gobierno alemán niega a los neutrales en las zonas marítimas que señaló el derecho a servirse en manera alguna de sus armas para defender derechos que nadie, en los tiempos modernos ha negado nunca.

Alemania anunció que los destacamentos embarcados en los vapores para protegerles, se hallan expuestos a ser tratados como piratas.

Ante tales pretensiones, la neutralidad armada sería menos que inútil.

No podemos escoger el camino de la sumisión y permitir que nuestros más sagrados derechos nacionales sean violados.

Obedeciendo sin vacilar a lo que considero como un deber constitucional, yo aconsejo al Congreso que considere la acción del gobierno imperial contra el pueblo de los Estados Unidos, y acepte formalmente el estado de guerra que le fué impuesto, y tome medidas inmediatas no sólo para poner al país en estado de defensa completa, sino también para obligar a Alemania, con el empleo de todos nuestros recursos, a aceptar y terminar la guerra según nuestras condiciones.

El estado de guerra nos llevará a una colaboración estrecha con otros gobiernos en guerra contra Alemania por medio del concurso de apoyos financieros muy extensos y también por la organización y movilización de todos los recursos materiales del país, a fin de proporcionar material de guerra y servir otras necesidades de aquellas naciones el modo más abundante y más eficaz posible, al mismo tiempo que más económico.

El estado de guerra nos llevará también al equipo inmediato y completo de la marina, proporcionándole medios de combatir a los submarinos enemigos, y nos llevará a la adición inmediata a nuestras fuerzas de

un ejército al menos de quinientos mil hombres, que, a mi parecer, deberían ser escogidos según el principio del servicio militar universal, con autorización para aumentar estas fuerzas en caso necesario.

Los créditos necesarios al gobierno se basan en nuevas tarifas equitativas. Es deber nuestro proteger a nuestro pueblo contra los sufrimientos que pueden resultar de unos impuestos demasiado elevados.

Al tomar estas medidas, debemos obrar con prudencia y hacer de modo que nuestros propios preparativos militares no estorben en ningún modo nuestro deber, pues nuestro deber será proporcionar a las naciones que se hallan ya en guerra contra Alemania el material que sólo pueden obtener de nosotros.

Estas naciones se hallan ya en la lucha; debemos ayudarlas con todas nuestras fuerzas, a fin de que su acción se haga sentir de un modo eficaz.

Espero que aprobaréis estas medidas cuidadosamente elaboradas para los servicios del gobierno, responsable de la conducta de la guerra y de la defensa y seguridades de la nación.

Después de habernos decidido a tomar estas medidas tan llenas de consecuencias, expliquemos claramente nuestro propósito, que es la defensa de los principios de paz y justicia contra las potencias autoritarias y egoístas, al mismo tiempo que el restablecimiento entre los pueblos verdaderamente libres y que se gobiernan por sí mismos de una unidad de fines y acción, que asegurará para siempre el respeto a dichos principios.

La neutralidad no es posible por más tiempo, ni aun debemos desearla cuando la paz del mundo entero y la libertad de los pueblos se hallan en juego, y que la amenaza de esta paz y esta libertad viene de la existencia de gobiernos autocráticos, apoyados por la fuerza que imponen su voluntad, sin tener en cuenta la voluntad de los pueblos.

Estamos en el comienzo de la edad en que los gobernantes deben, igual que los individuos, ser responsables de sus actos.

No tenemos queralla alguna contra el pueblo alemán. Sentíamos por él simpatía y amistad. Por otra parte, no fué bajo su impulso, ni aun con su aprobación, que el gobierno alemán declaró la guerra. Esta guerra alemana fué decidida como las antiguas querellas de otro tiempo, cuando los pueblos no eran nunca consultados, y la lucha era en interés de la dinastía o de un pequeño grupo de ambiciosos.

Una nación dueña de sus destinos no llena de espías los Estados vecinos, ni emprende intrigas para colocar a alguno de estos Estados en situación crítica, y procurarse así ocasión de conquista.

Tales propósitos pueden sólo ser llevados a cabo cuando una persona en el Estado tiene el derecho de plantear la cuestión; pero son naturalmente imposibles cuando la opinión pública insiste en conocer por completo todos los asuntos de la nación. Solamente los pueblos libres pueden preferir los intereses de la humanidad a sus propios intereses. Esto es lo que piensa todo norteamericano.

Nuestra esperanza de paz futura fué reforzada por los maravillosos acontecimientos que acaban de tener lugar en esta Rusia, que para los que la conocen mejor fué siempre profundamente democrática.

La autocracia que coronaba su edificio político, por mucho tiempo que se haya sostenido y por terrible que fuese su potencia real, no representaba de hecho a Rusia en su carácter nacional. Hoy esta autocracia está derribada, y he aquí que el pueblo de Rusia, grande y generoso, se une con toda su majestad y toda su potencia nativa a las fuerzas que combaten en el mundo por la Libertad, la Justicia y la paz. Es un asociado más, un asociado lleno de nobleza en nuestra liga de honor.

Uno de los hechos que contribuyeron a convencernos de que el autocratismo prusiano no era ni podrá ser nunca nuestro amigo, es que desde el principio de la guerra actual había llenado de espías nuestras confidadas administraciones y el despacho

de nuestro gobierno. Había urdido intrigas criminales en todas partes contra nuestra unidad nacional, y había a'entado á nuestra paz, tanto en el interior como en el exterior del país, y contra nuestras industrias y nuestro comercio.

Se ha demostrado que tres de sus espías se hallaban aquí, incluso antes de la guerra; se ha probado ante nuestros tribunales de justicia que las intrigas que más de una vez estuvieron á punto de turbar la paz y sembrar la perturbación en las industrias de nuestro país, fueron maquinadas por instigación, con el apoyo y hasta bajo la dirección personal de los agentes oficiales del gobierno imperial acreditados cerca del gobierno norteamericano.

Entonces, aun cuando reprimamos estos manejos y nos esforzábamos en de truir sus consecuencias, intentamos interpretarlos del modo más generoso, porque sabíamos que no eran manifestación de ningún sentimiento de hostilidad hacia nosotros por parte del pueblo alemán, que los ignoraba tanto como nosotros, pero que tenían su origen en los egoístas proyectos del gobierno, que hacía lo que quería sin decir nada al pueblo al cual gobierna.

Pero estos hechos contribuyeron finalmente á convencernos de que ese gobierno no sentía por nosotros la menor amistad, y que pretendía obrar contra nuestra seguridad y nuestra paz, según á él le conviniese.

La Nota que interceptamos, y que iba dirigida al ministro de Alemania en Méjico, demuestra elocuentemente que ese gobierno no tenía la intención de provocar contra nosotros y en nuestras propias fronteras toda clase de enemistades.

Pues bien: aceptamos el reto, sabiendo ya que en gobiernos de ese género y que emplean tales procedimientos, no habíamos de hallar nunca un amigo, y que en un poder organizado así y siempre dispuesto á la realización de lo que sabe que es su interés, no puede hallarse jamás la menor seguridad ni garantía para un gobierno democrático.

Henos, pues, obligados á aceptar la batalla con un gobierno que es enemigo natural de toda libertad, batalla en que pondremos las fuerzas todas de la nación, sacrificando con noble orgullo á un deber tan alto nuestra vida, nuestra fortuna y cuanto poseemos.

Finalmente, podemos afirmar que ha llegado el día en que América podrá dar su sangre por el triunfo de los principios que le dieron un día la existencia, al mismo tiempo que por su propio bienestar y su paz. Ayudándola Dios, no sabría ni podría América obrar de otro modo.»

Ferrocarriles

VI

Acotaciones de actualidad

Para que no pierdan su sabor característico, nos dedicaremos hoy á registrar incidencias corrientes, de las que en todas las líneas tienen lugar, algunas de funestísimas consecuencias, que se transmiten al público cuando acaecen como desgracias fatales de la vida, y por consiguiente, en el misterio queda si tuvieron ó no lugar por culpabilidades de alguien; otras, de las que se refieren á los derechos de los viajeros, de esa minoría de viajeros que en España conoce y pretende aún defender su derecho; empeño vano cuando se trata de Compañías monopolizadoras de servicios públicos, en tanto la política constituya entre nosotros el oficio á que se dedica por fuerza una muchedumbre de muñidores ilustrados, por lo mismo que la gitana se aplica á decir la buena ventura y el santero des-

cocado á explotar la divina gracia: por que no sirven para otra cosa.

El 6 de Febrero último por la noche, chocaron dos máquinas que maniobraban en la estación de San Vicente de Castellet y mataron á uno de los maquinistas é hirieron á los dos fogoneros.

Se llamaba el muerto Manuel Subirach y los heridos se llaman Ricardo Jordí y Jerónimo Forcat. Los tres fueron trasladados al hospital de Manresa.

Así, sin otros comentarios, lo publicó la prensa diaria de Barcelona el 8 de Febrero, y hasta el día: un hombre muerto, otro gravemente herido y uno menos grave, y á otra vamos.

Mas al otro día un tren de la Central Catalana descarrila cerca de Capellades, y aunque no ocasiona desgracias, se explica el accidente por la acumulación de nieve en la vía.

Contraste singular entre una y otra noticia; la primera, que ocasiona sensibles desgracias personales que afectan á tres familias, no sabe aún el público cuáles sus causas originarias fueron; la segunda, simple accidente propio del tráfico en la estación universal, con la noticia del hecho se transmite la explicación del motivo, para tranquilidad de todos.

Y pasan días y aun meses, y todos nos olvidamos, con la atención ocupada por nuevas impresiones, de que tres obreros fueron cogidos entre dos locomotoras en la noche del 6 de Febrero, que uno perdió la vida en el cumplimiento de sus deberes, y que los otros dos la salvaron por casualidad.

Si la impericia de estos obreros hubiera sido la causa del accidente, la responsabilidad de quienes les hubieran habilitado para el manejo de aquellas máquinas sería grave y la subsidiaria de la Compañía en favor de las familias perjudicadas evidente; mas si por acaso fué debido al estado de alguna de las locomotoras ó al estado de las vías, un acaso que no tendría nada de estúpido, pues que en la propia sección de Manresa podría hallarse alguna máquina, cuya historia acredite el supuesto, entonces las responsabilidades deberían alcanzar á todos cuantos pudiendo y debiendo prevenirlo fueran en cambio los causantes de la desgracia, por obligar al empleo de material en estado defectuoso para su objeto.

De todas suertes, nos parece elementalísimo que la Dirección de Obras públicas, auxiliando la acción judicial, ponga de manifiesto cuál fué la causa del choque de las dos locomotoras y que clara como la luz la conozca todo el mundo.

La vida de esos agentes de ferrocarriles debe merecer siquiera esa consideración.

Todo en Dinamarca se da la mano. Estamos lamentando la ruinoso organización y el abusivo funcionamiento de las antiguas Empresas ferroviarias constantemente y señalando las causas de tantos males, aunque á decir verdad sin que nadie se sonroje, y contamos con otras modernísimas que ya se saben de corrido que el Pliego general de Condiciones y la ley de Policía de 1877, por cuanto digan garantía del servicio público, no reza con ellas.

En la línea de Guadix á Baza, cerca del puente de Gor, ocurrieron á princi-

pios de Marzo corrimientos de tierras que impedían la circulación de trenes. Tres días contaba el día 9 la obstrucción de la vía, pero hasta llegar al punto, ningún viajero tenía noticia de tal situación, los pasajes se libraban como de ordinario; todo viajero hace transbordo, maletas á cuestas por aquellas montañas, aquí caigo allí me levanto, hasta llegar al punto en que el tren de auxilio esperaba ó era esperado. El día 9 tocó al tren de auxilio ser esperado; mas como el de Granada á Lorca no esperó, los pasajeros que iban en busca de él llegaron dos horas después de que hubiese pasado y, como es natural, se quedaron en tierra.

Como es natural, porque aunque tenían derecho desde 1855 á un tren especial, derecho sancionado en la ley de Policía de 1877 y el Reglamento para su aplicación de 1878, único cuerpo legal aún vigente, como el jefe de estación no disponía de material, aunque debía disponer por imperativo legal, pues se quedó en tierra el pasaje.

Un grupo de seis ó siete pasajeros, hizo constar su protesta en el libro correspondiente, pues haciendo honor á la verdad, hay que decir que, aunque no hay todavía nadie muy enterado de su eficacia, el libro reglamentario de reclamaciones existe en aquella estación—, y en Baza se quedaron pasando el rato hasta veinte ó veintidós horas después.

Este es el caso, señor director de Industria y Comercio, recogido de labios veraces y autorizados:

Una Compañía que á los tres días de tener interceptada la vía por corrimiento de tierras, aún no lo ha dicho á las estaciones de origen de su línea.

Un tren de viajeros que se encuentra sorprendido con un transbordo penoso, un auxilio que llega con dos horas de retraso, que exige la formación de un tren especial para evitar mayores perjuicios y que no puede formarse por falta de material.

Conviene hacer constar que esta carencia de material no puede relacionarse con ningún motivo de fuerza mayor, pues que donde se señala es la única línea que se ha librado de los temporales de este invierno.

De modo que el tren de auxilio debió estar en su punto correspondiente, y en la estación de Baza debía haber material, porque desde Baza á Lorca los elementos no se han metido con nadie.

Y no lo hubo, y los perjudicados no sabemos si seguirán todos buenos, gracias á Dios.

FRANCISCO RIVA.

Barcelona, Abril 1917.

Espejo moral de clérigos

para que los malos se espanten y los buenos perseveren,

Ó SEA

RECOPILACION ESCOGIDA

DE LOS CELEBRES Y ODORIFICOS

Manojos de flores místicas

PUBLICADOS EN "EL MOTIN,"

POR

José Nakens

PRECIO: UNA PESETA

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12, MADRID